

ANTOLOGÍA *ESCRITORAS QUE BESAN*. ROCIO NOBLECILLA [ED.].
COLECCIÓN “ESCRITORAS SIN FRONTERAS”. EDITORIAL CODISE.
2023. 278 págs.

Rocio Noblecilla, compiladora y editora. Textos de 40 escritoras y obras de 16
artistas plásticas

La ciudad de los excesos

Por Agnieszka Kawecka

Ella ahora es un hurón, grande para su especie, pero prudente para no dejarse ver. Yo lo sé... A ella le gusta mirarme cuando con premeditada lentitud recorro cada rincón de tu cuerpo. Humedad más candente con cada segundo, en los poros de mi piel, en tu alma.

La oscuridad nebulosa te remite al vientre de tu madre, a mi vientre, a su vientre, mas, tus latidos descienden. Los puedo sentir entre mis muslos y deslizo mis manos, llego hasta lo más oculto de tu ser, expuesto sin condiciones, sin más remedio que entrar en mí. Pero antes alzo los ojos, no estamos solos, tú lo sabes también.

El hurón empieza su caminata hacía el borde de la ventana que revela una noche envuelta en vapor salvaje, una noche de espíritus salientes de los árboles y de la tierra, escarchada por la plata de la luna llena de la Ciudad de los Excesos.

No perteneces aquí porque tu sangre es roja y tus ojos brillan. Tus dientes perfectamente recortados buscan con ansias lo que sólo una mujer puede dar, si lo desea. ¿Y yo?... Lo anhelo; sin embargo, tú no sabes ni cómo, ni cuando... tu cuello se tensa mientras buscas el íntimo rincón. Te atrae esa humedad que ahora impregna nuestros seres.

El hurón ya está sobre mi espalda, siento sus garras que cosquillean hasta enloquecerme y tu respiración que empuja más y más el latido de tu corazón. Un corazón humano... yo lo sé y el hurón también...

Te detengo, suplico que esperes, lo mejor aún está por llegar. Te inclinas, tus ojos se entrecierran interrogantes, el sudor cubre tu rostro y lo secas con un sólo movimiento. De pronto, la sorpresa abre tus pupilas, la voluptuosidad de sus senos te estremece. Es ella, ha llegado por fin, dejando la piel de hurón en alguna parte de las cobijas.

Ahora yo soy la espectadora, me acurruco a la orilla de la cama y veo como sus muslos te aprisionan entre espasmos de placer. Ella es salvaje, no busca, arrebatada. Se mueve en un enloquecido baile lleno de lujuriosa bruma que te fatiga, cada vez más y más y más...

Sus cuerpos entrelazados, café sobre la nieve, sus caderas encadenan tu cintura, dos imanes que se golpean con brutalidad. Pronto sucederá y espero que tus venas resalten en la blanca piel y el flujo sanguíneo entre furioso a hacer su recorrido. Humedezco con la punta de la lengua mis labios, me acerco, pasmada por el deseo. Es el momento, ella lo sabe, yo también...

Mis manos te acarician mientras suspiras y lloras de placer, has llegado a la cúspide de tu existencia, has alcanzado el instante entre la vida y la muerte y sin saberlo nos entregas no sólo tu cuerpo...

Termina otra noche más en la Ciudad de los Excesos, la recordarás por siempre, perdido en el anhelo por tenerme otra vez, pero jamás volverás aquí porque sólo una vez en la vida se puede entregar el alma.

Y cuando el Sol le entregue su virilidad a la Luna Llena, buscaré otro hombre para satisfacer esa sed que habita en nuestras entrañas. Entonces ella de nuevo será un hurón y yo, tal vez una serpiente.

Por Angélica Santa Olaya

Beso

Humedad compartida a cuatro cuerpos
larvas celebran su danza sempiterna
lamiendo el vórtice
que arremolina las alas del aire

La carne encendida
busca la semilla del disfraz

en el filo de acorazados guardianes
morder
chupar
extirpar la médula de la noche sin voz
explorar la caverna donde hibernan
las serpientes de mil poros

desesperar por el plancton
reinventando el paraíso
mil veces condenado y perseguido
 zanjar gota a gota
 y lengua a lengua
 el abismo de la vacuidad

Desdeñar a punta de húmedas estrellas
la tangente espina
de los héroes que nunca han probado
la piel de las sirenas

Beso digital

Con la cima del puntero
acaricio tus labios
que sonrían a la cámara

Con el filo digital
de una flecha intangible
dibujo la línea perfecta de tu boca

Pixeléticos dedos
rozando la carne impersuasible

que cede al movimiento de mi mano
sobre un control remoto

Negro sobre rojo
mi penumbra acechando tu eros

En el deslumbrante plano de la pantalla
revolotean mis pupilas aturdidas
por el magnético hechizo de tu imagen

Deslizo el mouse sobre las estrellas de Van Gogh
que me guiñan el ojo desde el pad
como si el pequeño aditamento plástico
fuera la mágica varita de un hada cenicienta

Empoderada de virtual omnipotencia
arrojo tus *noes* a la papelera de reciclaje
y deposito un beso sobre las desnudas
valvas abiertas a mi antojo

Un beso por cada diente
y dos más para que no se te olvide
que en el delgado sitio
de las nanoposibilidades
la que manda soy yo

Por Asmara Gay

Cuerpo de leche

Vi entrar a Samuel en la oficina del director una mañana, pero ya no lo vi salir y nadie volvió a verlo. Por varios días, su mamá lo estuvo esperando a la salida del colegio, hasta que una tarde, al pasar junto a ella, le dije: ¡No va a salir nunca! Me fijé que se fue triste. Quise irme con ella, pero mamá me tomó de la mano y me llevó a casa.

Después de comer, hice mi tarea rápido y le dije a mamá que tenía que ir a la papelería. Me dio dinero y me fui a la casa de Samuel, que estaba en la misma calle del fraccionamiento donde vivía.

La espíe desde su jardín. Podía ver su cabello oscuro derramado en la mesa de la cocina. Lloraba. Acaricié el cristal y tracé un círculo en la ventana donde ella quedaba adentro y mi otra mano la tocaba.

Desde ese día fui a verla todas las tardes. A veces me la encontraba regando el pasto. Me saludaba y se ponía a platicar conmigo. Me preguntaba cómo me iba en la escuela y si ya sabían algo de la misteriosa desaparición de su hijo. Le decía que no, que nadie había salido todavía de la oficina del director. Me miraba con una sonrisa triste y seguía regando su jardín. Yo la acompañaba hasta que cerraba la llave de la manguera y durante ese tiempo ninguno de los dos decía ya nada.

Pronto se acostumbró a mí. Por las tardes, dejaba la puerta de su casa sin cerrar para que yo entrara. Me había dicho que, si necesitaba algún libro y ella estaba ocupada, entrara y lo tomara, pero que luego se lo devolviera, que no me quedara con él. Eso hice algunas veces. Una tarde, sin embargo, al subir a la biblioteca oí la regadera. Me acerqué al baño, la puerta estaba cerrada. La espíe por una rendija. Su cuerpo tan blanco parecía de leche, y el agua escurría en líneas hasta el piso. Quise ser viento y envolver su cuerpo, estar cerca de ella, en silencio, como cuando regaba el pasto.

Y sucedió: me elevé como si no tuviera peso y entré por la rendija por la que había estado observándola. Segundos después, me hallaba desnudo frente a ella. Pensé que gritaría, pero en vez de eso sonrió, acarició mi barbilla y buscó una toalla para secarme. Envolver mi cuerpo y me llevó a su cuarto. Me acostó sobre la cama y la vi vestirse. Hubiera querido besar uno de sus senos o su boca, pero ella fue a la otra habitación y trajo ropa de Samuel con la que me vistió. Después me llevó a mi casa.

Al día siguiente, por la tarde, encontré la puerta de su casa cerrada y un anuncio de venta. Mamá dice que todo lo soñé, que nunca ha habido ningún niño llamado Samuel

en la calle ni en mi salón, que la mujer de la que le platico tal vez la haya leído en un libro o haya estado en un mal sueño. Pero yo todavía veo su cuerpo de leche desparramándose sobre mí cuando estoy en su jardín y entonces me vuelvo viento y entro en su casa y la busco por todas partes, hasta que siento sobre mi hombro una mano, la mano de mamá que me lleva de vuelta a casa.

Eros insomne

Por Yolanda de la Torre

Enjambre

Tengo en la boca abejas
un enjambre
con una reina
soldados
y hembras laboriosas
sabor a cobre
que reverso zumbando
en mi colmena
o en cualquier otra parte.
Mi beso es un ramo
de agujones
pero en su danza de flor
enredadera
mi lengua emperatriz
derrama miel.

Puro antojo

Porque me viene en gana
te miro con labios entreabiertos

y el goce de quien en balde agita
la cadera en tu nombre.
Te miro porque así lo deseo
y es mi voluntad sostenerte la sonrisa
y hacer como si no fuera contigo
vigilando tu boca sobre cualquier paisaje.
Porque me viene a cuento, en fin,
disimulo andar a tientas con los ojos
en ti, aunque a decir verdad
te seguiría a ciegas.
Puro antojo.

Las horas sin tiempo

Por Pita Ochoa

Gozo

mi radiante vulva
vibrante clítoro
enrollada pájara
carpa alada
piel rayada
roza anfibia
deseante vibra
pulsa caricia
Mi orgasmo multiverso
eterno

Juego de niña

1 2 3 por mí
me acaricio por ti

me masturbo sin ti
me gozo por mí

Connigo y sin mí
de navaja a cuchillo
mi piel al ras
sexo herido me soy

Mi insomnio
tiene hombre y apellido
mi sueño sus iniciales

Estado del tiempo
mi / tú, deseo
relampagueante

Anhelos
Por Rocio Noblecilla

Anhelo I
Eres esa instantánea
que no marca segundos
detrás de mis pupilas.

Todo está ahí,
como el pan y el vino sobre la mesa:
el roce de tus dedos enciende mi piel,
intuyo tu boca, me sorprende.

Tus labios frotan mis pezones

arrebatan latidos;
las escaleras no esperan,
subo en deleite.

Me pierdo en el laberinto de tus besos
cuya salida yo evado
y me detengo en la comisura de tu sexo.

Este silencio imita los tuyos.

Te quiero conmigo,
déjame sembrar mi lengua en tu cuerpo.

Anhelo II

Un palpitar en mi cuello marca el tiempo;
me miro a distancia, no hay prisa.

Un pensamiento recorre mi cuerpo,
mis pupilas se dilatan,
la tentación empieza.

¿Habrá escuchado?
Preparo mis piernas.

Una espiral se abre, gira, sube
y se pierde en el infinito: me miras,
clavado en mí, sonrías.

El tiempo me pertenece
hasta que mi voz se haga gemidos,
hasta que la humedad de mis manos te reclame.

Por Sus De Hoyos

Selección Natural

“Nada como la combinación entre jabón, perfume, sexo y la esencia que tenemos cada uno. Alguna vez leí que es parte de la selección natural. Si una persona huele rico para ti, es porque genéticamente son compatibles”. Bernardo le decía a Tania, mientras le roza los pezones con la yema de sus dedos, descansan entre las sábanas que aún están impregnadas del sudor de ambos después de tener sexo durante casi cuatro horas.

Se citaban en ese motel que quedaba fuera de la ciudad, no les gustaba sentir presión por nada mientras satisfacían sus deseos, durante dos meses ella le iba escribiendo por mensajes de texto lo que quería, cómo lo quería y qué necesitaba para llegar al clímax. A su vez, él le enviaba videos pornográficos ejemplificando cómo le gustaría llegar al orgasmo.

Bernie, como le gusta decirle a ella, siempre llegaba tarde y a las carreras; en cambio Tania, prefería llegar hasta dos o tres horas antes, comer algo con calma, beber un par de cervezas y relajarse. Quizá empezar a tocarse un poco, ir rozando su clítoris para que cuando él llegara ya estuviera erecto. La habitación que reservaban con antelación incluía jacuzzi, una cama redonda, frigobar con algunas bebidas alcohólicas y botanas. En una ocasión les dieron un cuarto con alberca privada, fue muy difícil para ellos despedirse porque querían cumplir sus caprichos dentro y fuera del agua. Los dueños del hotel ya los conocen, piden el cuarto que está en planta baja, el sol entra por un ventanal enorme, por fuera hay un pequeño patio con macetas que conforman una pequeña selva de provincia. A Tania le gusta ver el amanecer desde ese, su efímero refugio. Desnuda se asoma entre las macetas a ver si alguien está despierto, pero estos espacios están diseñados para que los amantes solo se enfoquen en la persona que está con ellos y no en los otros. En ocasiones les ha tocado ver a otros duetos en el *lobby* del motel, y han escuchado a través de las paredes muchas voces, gemidos y lo que suponen serían nalgadas, esto les gusta porque aporta a sus fantasías, aunque nunca han querido incluir a un tercer participante, ni hombre ni mujer, él nunca se lo propondría a ella y Tania está segura de que a él le darían muchos celos.

Al terminar la faena, recogen sus ropas, se bañan juntos y se suben cada uno a sus respectivos autos, en ocasiones Bernardo la sigue casi hasta que ella llegue a su cuadra, les gusta verse por el retrovisor e ir jugando entre los carriles, esto hace que él tenga una erección casi todo el viaje. Tania es traviesa, le muestra los senos mientras están esperando que dé la luz verde, Bernardo se pone nervioso, le grita desde su auto que pare, ya que una vez por estar jugando casi pierden la vida, del susto tuvieron que pararse en la carretera, lo que los llevó a tener que meterse a un motel y tener sexo otra vez. Hicieron el acuerdo de que los juegos solo serían dentro de la habitación, pero es mentira, Tania sonríe, le dan ganas de quitarse la ropa para que la vean otros conductores y que Bernardo le pida que se estacione para besarla, lo han hecho en ocasiones. Detener los autos, besarse, verse a los ojos, no decirse nada y de nuevo subirse cada quien, como dos desconocidos, como dos individuos que nada saben el uno del otro.

Ellos sienten que todavía no acaban de explorarse, para Tania el cuerpo de él con todos esos recovecos y pliegues que, aunque ha besado con detenimiento, sigue siendo una región que puede seguir conquistando. Para Bernardo el cuerpo de Tania con todas esas pecas, lunares y vellos que ella se queja constantemente por tener, conforman un terreno de juego en el cual aún no se han librado todas las batallas que él quisiera ganar. No es que no hayan intentado miles de posiciones diferentes, o que no hayan utilizado algún juguete, ellos prefieren detenerse a ver cómo refleja la luz en cada centímetro de la piel del otro, escuchar esa diferencia de un gemido y otro, tocarse las pestañas cuando uno esté dormido en el torso del otro. Quieren encontrarse todos los poros que nadie ha tocado, ni ellos mismos, escupir saliva en lugares que no fueron diseñados para eso, robarse alientos en cada rebelión que tenga uno con el otro. Y por fin llega la hora de despedirse, besarse como si fuera la última vez que se verán, abrazarse, olerse, ayudar a vestirse, peinarse y verse tan lejanos ya con las ropas puestas.

Este acuerdo lo tuvieron que hacer desde hace años, ella inconforme, él celoso, posesivo, ella buscona, peleonera, con ínfulas de diosa griega, él tacaño, perverso, egocéntrico y narcisista, ella enfermiza, histérica, despeinada, él engominado, trajeado, descalzo, ella entaconada, ridícula, casi grotesca, él pidió una pausa, ella encontró la

solución. Él dijo que sí, ella lo amó todavía más, él por fin gozó de esa erección que había sido hurtada desde hacía tiempo.

Bernardo baja del auto, quiere abrazarla, pero ella se lo impide, ha llegado a su destino, le pide que sea discreto, que no es el momento, él se desespera, la mira con enojo, aunque después ella le mete la mano, rápido por debajo del pantalón, siente los pliegues, la lubricación, él se calma. Ella camina rápido, él la ve alejarse.

Bernardo se sube a su auto, aún siente el aroma de ella en el bigote. Enciende el coche, la nostalgia lo invade vorazmente, ya siente que su piel cambia de temperatura, disminuye la respiración. Llega a casa, cabizbajo, ahí está ella que lo recibe desganada, se les nota la fatiga, se saludan con un movimiento ligero, casi imperceptible. Él se acerca, le dice algo al oído, ella asiente. Le ha dicho que no puede más, que ojalá esos dos meses que tanto esperan para encontrarse en el motel, pasen de manera inmediata. Sus hijos los saludan, les preguntan ¿qué tal estuvo la convención? Ellos, cómplices, amantes, esposos, sonríen, dicen que cada vez son mejores y que cada vez aprenden más cosas.